

«En el mundo tendréis tribulación»

Todos aquellos que, habiendo acogido el don de la Reconciliación que nos trajo el Señor Jesús y nos hemos comprometido a luchar por transformar el mundo —construyendo la civilización del amor— encontramos dificultades. El mismo Señor Jesús nos ha advertido: «En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo»[1]. El contexto histórico en el que nos ha tocado vivir ciertamente presenta muchos desafíos que pueden minar nuestra esperanza.

Sin embargo, ante los obstáculos y dificultades que se nos presentan, debemos tener siempre presente la necesaria esperanza y no sucumbir ante las adversidades. Un primer elemento que puede servir de gran ayuda es aproximarnos a las dificultades considerándolas como desafíos que, si los superamos, pueden ayudarnos a crecer como personas.

Pero también, ante el inmenso horizonte que se nos presenta, no podemos cerrarnos sólo a los aspectos difíciles y problemáticos de la realidad. Esto sería caer en el reductivismo y en el negativismo. Hay muchos elementos positivos que deben ser para nosotros un gran aliento, de manera que nuestra esperanza sea siempre fuerte y viva. Si bien es cierto que en el mundo hay tribulación, no nos olvidemos de las palabras del Señor Jesús: «Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo». En el Señor Jesús se funda nuestra esperanza y también la *visión al futuro*.

Alzar la mirada

Frente a la tentación a la que antes hacíamos referencia se hace necesario, una y otra vez, levantar la mirada hacia el horizonte pleno de la realidad. Es indispensable no caer en la trampa de reducir la totalidad de la realidad a determinados aspectos de ella que resultan difíciles en el tiempo presente. El sentido del quehacer cotidiano —con sus sufrimientos y dificultades, así como con sus momentos de alegría y triunfo— sólo se puede entender adecuadamente con una recta visión al futuro.

Visión de eternidad

Esta *visión al futuro* implica en primer lugar la conciencia de que Cristo ya venció por nosotros y que por tanto el mal y el sufrimiento que vemos en el mundo o que experimentamos en la propia vida no tienen la última palabra. Se trata de recordar una y otra vez que en este mundo somos peregrinos, viadores, y que nuestro destino es eterno. Hemos sido hechos para la gloria en la comunión plena de amor, esa es nuestra vocación y frente a su realización plena en el cielo cualquier sufrimiento resulta soportable porque como dice San Pablo: «los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rom 8,18).

Es también frente a este destino final que deben ser juzgados nuestros actos; es ése el horizonte que debe estar presente como trasfondo en cada decisión que tomamos en el aquí y ahora de nuestra vida presente: ¿a qué destino eterno me acerca esta decisión concreta que tomo hoy?

Vivir y construir la *visión al futuro*

El mismo horizonte de la *visión al futuro* que nos remite a la eternidad nos permite mirar con objetividad la perspectiva del desarrollo histórico del mundo y de nuestra propia vida. Ni nuestra vida ni la situación del mundo se agotan en el momento presente. El misterio de la Encarnación-Vida-Pasión-Muerte-Resurrección-Ascensión ha inaugurado una nueva época en la historia y contiene un poder reconciliador que se sigue desplegando en la historia de la humanidad y en la vida de cada hombre que acoge en su vida la fuerza de la gracia.

No se trata simplemente de una expectativa pasiva, sino más bien de la firme y esperanzada decisión de perseverar cooperando con la gracia con la confianza de que nuestros esfuerzos por ser santos, unidos a la fuerza de Dios, pueden cambiar realmente la historia del mundo y de nuestra propia vida.

El realismo de la esperanza

La *visión al futuro* no es bajo ningún aspecto una visión ingenua o escapista que busca mirar a otro lado para olvidar las dificultades inmediatas o inminentes. Al contrario, se trata de una visión profundamente realista, inmersa en el realismo de la esperanza. Se trata de una visión que no cae en reduccionismos y parcializaciones de ningún tipo, sino que al examinar la realidad comprende que ella es mucho más que el presente concreto: que hay acontecimientos, hechos, que han transformado el mundo y que mantienen su vitalidad en la historia y la van conduciendo a su destino definitivo. En ese sentido se opone tanto a un escapismo ingenuo que lleve a actitudes pasivas como a un pesimismo polarizante y reductivo que conduzca a la desesperanza.

La razón de nuestra esperanza[2]

El apóstol San Pablo les enseñaba ya a los primeros cristianos: «la esperanza no falla»[3]. Pablo era consciente de que, aún en la noche más oscura, la esperanza no nos fallará, pues no se afianza en nuestras propias fuerzas, sino en la fuerza de Dios. Pues Él que nos otorga la esperanza nos da también su promesa de fidelidad. Por ello, cuando la claridad del día se oculta detrás de espesas nubes que entenebrecen el horizonte, no debemos olvidar que, más allá de las nubes, el sol sigue estando ahí y que tornará a brillar mañana. Debemos alzar el corazón y mirar, con decisión, al futuro que nos espera. Y es que nuestra esperanza se fundamenta en el Señor y en sus promesas. Sabemos bien en quién nos hemos confiado[4].

El acierto de esta visión confiada y esperanzada ha sido refrendado, confirmado y testimoniado una y otra vez en la vida de los santos y en la historia de la Iglesia desde sus comienzos. La *visión al futuro* aquí descrita resulta adecuada tanto a la luz de la fe como de la recta razón.

El ejemplo de Santa María

Como ya lo hemos dicho, la mirada al futuro nos señala un horizonte concreto que aguarda nuestra cooperación para verse realizado. Por ello constituye también una tarea. Debemos vivir ya y construir aquel horizonte luminoso que proyectamos al futuro. No podemos dejar que la

cotidianeidad, la rutinización o los obstáculos ensombrezcan ni oculten nuestros sueños. Debemos poner los medios para que se realice esta Nueva Alborada de la civilización del amor. Pero es necesario estar fundamentados en la fe, pues sólo en ella la visión al futuro cobra un verdadero sentido realista. Con nuestras solas fuerzas jamás podremos cambiar el mundo, pues sin el Señor no podemos hacer nada[5]. Es necesario unir nuestros talentos y nuestro esfuerzo a la obra que Dios viene realizando en el mundo desde la creación y que conduce la historia a su horizonte final. Solamente así, uniendo nuestra fuerza a la suya, lograremos de verdad contribuir al cambio del mundo y tener una esperanza realista en un futuro mejor. Es por ello que sólo los santos cambiarán el mundo.

Santa María es el modelo al que debemos seguir. Desde su humildad y su contingencia, la Madre puso todo su ser al servicio del Señor con generosidad sobreabundante. Y el fruto de su cooperación fue la obra de la Reconciliación que transformó para siempre el sentido de la historia, abriéndonos la puerta de la esperanza que había sido cerrada por el pecado. En las exigencias y dificultades de su vida cotidiana María siempre supo mantener su mirada en el horizonte futuro de las promesas de Dios. En la persecución al Niño que la llevó a huir a Egipto[6]; al perder al Señor adolescente en el camino de regreso de Jerusalén[7]; al contemplar la incompreensión a su divino Hijo y la persecución de los líderes religiosos de Israel; y especialmente al acompañar activamente los misterios reconciliadores de la Pasión y Muerte del Señor, María mantuvo su esperanza puesta en las promesas de Dios que conservaba en su corazón[8]. En efecto, en la Anunciación-Encarnación el Ángel le anunció que su Hijo «será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin»[9]. La Madre nos introduce en la dinámica de alegría-dolor que nos permite superar con esperanza y ánimo enardecido las dificultades del momento presente con la confianza puesta en el Señor. Sin comprenderlo todo, María, en medio al tormento inexpresable de la Pasión de su divino Hijo, pudo mantener la mirada puesta en el futuro, en aquél día luminoso prometido por Jesús, en el que resucitaría de entre los muertos.

De este modo, la Madre nos enseña a mirar, más allá de las nubes, al «mañana», hasta llegar a aquél día que desconoce ocaso en el que el Sol de Justicia brillará para siempre en nuestras vidas.

CITAS PARA MEDITAR

- “En el mundo tendréis tribulación”: Jn 16,33; Mt 10,16-20; Mt 16,18; Flp 3,12-14.16.
- Visión de eternidad: Rom 8,18; 2Tim 1,12.
- La razón de nuestra esperanza: 1Pe 3,15; Rom 5,5; Heb 12,1-4.
- El ejemplo de Santa María: Lc 2,19.51; Jn 2,5.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Cuáles son los principales obstáculos y desafíos que se presentan en nuestro horizonte de vida cristiana? ¿Qué podemos hacer para cooperar con la gracia y superarlos?
2. ¿Qué es la visión al futuro? ¿Cuál es la correcta visión al futuro que debemos tener?
3. ¿Qué estoy haciendo para construir la visión al futuro? ¿Qué me falta hacer?
4. ¿Cómo el Señor Jesús puede ayudarnos en la construcción de la visión al futuro?

5. ¿Por qué nuestro horizonte debe estar marcado por la esperanza? ¿Cuál es la razón de nuestra esperanza?
 6. ¿Por qué María nos da un ejemplo de visión al futuro? ¿Qué cosas concretas nos enseña nuestra Madre? ¿Qué podemos hacer a partir de su testimonio?
-

[1] *Jn* 16, 33.

[2] Ver *1Pe* 3, 15.

[3] *Rom* 5, 5.

[4] Ver *2Tim* 1, 12.

[5] *Jn* 15, 5.

[6] Ver *Mt* 2, 13ss.

[7] Ver *Lc* 2, 41ss.

[8] Ver *Lc* 2, 19.51.

[9] *Lc* 1, 32-33.